

Óscar Esquivias

El suelo bendito

V PREMIO DE NOVELA ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida



La novela *El suelo bendito*, de Oscar Esquivias, resultó ganadora del V Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla 2000, patrocinado por Miguel Gallego S.A. (MIGASA).

Diseño de colección:
Paniagua & Calleja

Fotografía del autor:
Arturo Martín Burgos

© Oscar Esquivias, 2000
© Algaida Editores, 2000
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla (España)
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
E-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 84-7647-967-0
Depósito legal: M-38.858-2000
Impresión: Huertas A.G. (Madrid)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Entre los egipcios era ley que la mujer no pudiese tener otro amigo sino a los del marido, y aquéllos no podían ver a la mujer sino una vez en la vida.

Pedro de Luxán, *Coloquios matrimoniales*

Nadie toleraría la vida sin vidas prestadas, la propia no basta.

Elias Canetti, *El suplicio de las moscas*

I. CON BEGOÑA.

APENAS HABÍA LLOVIDO Y LAS GOTAS QUE CAÍAN SOBRE EL parabrisas eran las que se escurrían de las copas de los árboles. Parecía que las dejaran caer, con tino, al paso de aquel coche, que avanzaba muy despacio por la avenida del Generalísimo, entre las hileras de plátanos anudados que flanqueaban la calle desierta. Alfonso Formiqui accionó los limpiaparabrisas, que dejaron una estela de agua en forma de abanico. «Ahora suspirará». Suspiro hondo. «No sé por qué has aceptado, nos vamos a arrepentir, ya verás.»

—No sé por qué vamos. Va a ser un desastre, lo sé.

Era la tercera vez que Begoña repetía, casi con las mismas palabras y un tono creciente de fastidio, esa frase. Ni siquiera le miraba al decirla: sus ojos se perdían más allá del parabrisas y hablaba maquinalmente, como si respondiera al mismo mecanismo del coche, como si esa palanquita de plástico no sólo dominara los resortes del limpiaparabrisas, sino también los de su mujer. Alfonso lo probó otra vez, giró la varilla y sintió de nuevo el suspiro de Begoña y después, al punto, su reproche:

—Es un error. No sé cómo me has convencido para venir. Siempre haces lo mismo, siempre.

En esta ocasión, el mensaje había tenido una variación respecto a los anteriores que Alfonso no dejó de valorar. Ese *siempre* sonaba al inicio del recuento de ocasiones parecidas que la privilegiada memoria de Begoña estaba a punto de detallar, así que decidió no tocar más ese mando e intervino con el tono más conciliador que fue capaz.

—Begoña, ten un poco de paciencia. Sólo vamos a conocer a su mujer.

—¡A conocer a su mujer! —dijo Begoña imitando su voz—. ¡Vaya acontecimiento! Me hace gracia el entusiasmo con el que lo dices. Es como si te fueran a presentar, no sé, a la Gioconda o a alguien así.

La Gioconda. Begoña se había pasado los últimos días seleccionando diapositivas para los exámenes de historia del arte y no podía evitar que todavía aquellas obras le llenaran la cabeza. Cerraba los ojos y en su mente flotaban los *putti* de la cantoría de Donatello, los frescos de Signorelli en Orvieto, el retablo maravilloso de Siloe en Miraflores, los martirios de Ribera, las iglesias visigóticas, los rascacielos de los años veinte, todas esas obras que había explicado durante todo un año y que había recopilado ahora, diapositiva a diapositiva, con dedicación de entomóloga, dejándose los ojos al examinarlas de nuevo en la oscuridad del aula, repasando todos los álbumes, desde las diosas gordas del Paleolítico hasta las piscinas californianas con jovencitos de Hockney, renegando a cada rato del optimismo ilimitado e irresponsable de los planes de estudios, que creen posible que los chavales den en un año el salto entre la ignorancia absoluta y la omnisciencia artística, para escoger, al fin, las obras más obvias, las que sus alumnos no tuvieran ninguna dificultad en reconocer, fechar y describir, que era lo que les exigía. Cuando las proyectó ante ellos en el examen apenas se sorprendió cuando ocurrió lo que siempre pasaba en las tinieblas del aula. Ante cada imagen una voz mal timbrada, anónima, masculina, que surgía desde lo más cavernoso de aquellos cuellos largos, llenos de granos, con nueces desproporcionadas, hacía un chiste guarro que Begoña apenas podía entender. Se extendía entonces un reguero de risas mal disimuladas, casi todas femeninas, que hacía eco de la broma del machito de turno. Ni siquiera se preocupaban en chivarse la identificación de las imágenes

—hubo quienes confundieron la catedral de Chartres con el Partenón—, se conformaban con hacer chistes escatológicos y con correr bulos y rumores. En esta ocasión se habían cebado en las mutilaciones de las esculturas griegas y alguna chica —la tonta de Avelina— había sufrido ataques de risa ante los Apolos de Praxíteles, con esas carcajadas adolescentes que son como torrentes: arrasadoras, imparables, todo estruendo y babas. Begoña sentía que en el enfrentamiento del arte con la vulgaridad, ganaba siempre ésta y que, en sus alumnos, el sentido del humor era una manifestación de la bestialidad más impúdica y degradante. Ella se sentía como un Pilatos que expusiera conscientemente lo más bello que ha creado el hombre a las burlas de la chusma. Aquella chusma adolescente que no controlaba el crecimiento de su cuerpo, ni sus olores, y ni siquiera sus palabras, que se empeñaba en sus comportamientos más caprichosos e infantiles y que, por alguna demoniaca conspiración, contaba con el respaldo de los psicólogos del colegio, los pedagogos, los inspectores del ministerio y sus propios padres, fervientemente convencidos de que la educación se adquiere de forma espontánea y de que el profesor apenas es un discreto acompañante en el camino de la sabiduría.

—¿A quién has dicho?

Begoña estaba en plena ensoñación y le costó recordar sus últimas palabras. A veces tenía miedo de que su trabajo se convirtiera en una obsesión y ocupara, como le ocurría entonces, todos los espacios de su mente. Con dificultad pudo responderle:

—Que parece que vas a conocer a la Gioconda en persona.

Alfonso respondió festivo:

—*Yokonda*: suena gracioso, como a jefe de tribu caníbal. Yokonda, Yokonda, uh, uh, uh, Yokonda, uh, uh, uh.

Begoña miraba con infinita incredulidad cómo Alfonso se llevaba la palma a la boca y hacía el indio.

—No me puedo creer que no sepas quién es la Gioconda.

Alfonso sonrió.

—Claro que lo sé.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Seguro?

—Es la señora esa que se ríe en un cuadro, ¿no?

—Felicidades. Justo así lo explicaría un alumno mío. Un alumno refinado, claro. Otros dirían que es una piba que se descojona, o algo peor. Pobre Leonardo, ésta es tu inmortalidad, recoge los frutos de la gloria —dijo Begoña, dirigiéndose a los cielos con voz de vestal—. Claro que, para indios, los de tu oficina. Hay que ver el ritual que tenéis para aceptar a los nuevos. No sé cómo conseguís que os sigan el juego.

—¿Qué juego?

—Éste, el de que os invite a cenar a toda la plantilla en su casa. Es curioso vuestro sistema. Cuando un empleado nuevo lleva ya un tiempo en la empresa y os cae bien, cuando ha superado todas las pruebas de integración a las que secretamente le sometéis, cuando habéis decidido que no es un imbécil sino alguien con quien se puede intimar, os reunís los viejos y decidís aceptarlo en la tribu, con todos los derechos. Se lo decís, le sugerís que os prepare una cena rica a todos, os presente a su mujer, esto es importante, y si todo va bien, hala, ya tiene vuestras bendiciones y puede cazar elefantes y tocar el tambor con vosotros.

—Nosotros no tocamos tambores. Además Roger no es nuevo, lleva más de un año en la empresa. Quizá dos.

—Llevará lo que quieras, pero su tiempo empieza a contar desde ahora, desde esta noche. Antes sólo ha sido un extraño, una presencia más o menos molesta que habéis tolerado porque os la había impuesto el jefe y no teníais más remedio, pero no le considerabais vuestro compañero. Como si no os conociera. Lo que no sé es cómo este Roger

ha superado la fase de cuarentena por novato para entrar en la de integración en la manada. Ni siquiera os cae bien, siempre os estáis riendo de él. Tú mismo dices que es una calamidad y un insoportable, ¿o no?

—Bueno, es una forma de hablar... Él no está en mi departamento, así que no puedo opinar como Turri o los otros. Roger me da la impresión de que es una persona muy perfeccionista con los papeles, pero que no sirve para el trato con las personas. Es demasiado tímido, no se impone a los comerciales, a los proveedores. De todos modos, aunque sea insoportable, en algún momento hay que aceptarle, ¿no? A mí, en el fondo, me da pena. No se habla con nadie, no tiene amigos, casi todos tienen un trato hostil con él.

—¿Y tú? ¿Qué trato tienes con él?

Alfonso pensó un momento la respuesta.

—Yo, ni fu ni fa. A mí en realidad no me cae ni bien ni mal. Es uno más de la oficina. Tenemos una relación profesional, sin conflictos. Pero también sin confianza.

—Ni bien ni mal, ni fu ni fa, vaya expectativas que me das. Tiene que ser una persona apasionante, vaya.

Alfonso volvió a demorar su respuesta. Por fin, dijo:

—Creo que es una buena persona. Honrado. Quizá no sea inteligente, ni simpático, ni ingenioso. Pero honrado.

—Ni inteligente, ni simpático, ni ingenioso, pero honrado, menos mal, qué generoso eres, me derrito.

Begoña comenzó a agitarse en el asiento como si empuñara de verdad. Alfonso pensó que era buena señal: significaba que estaba de mejor humor. Intentó imaginar a su mujer derretida, convertida en un charquito, pero no fue capaz. A Begoña la naturaleza le había dado un cuerpo inquebrantable y, efectivamente, su mujer no se derritió. Alfonso adoptó un tono paternalista, como quien da un último consejo:

—Espero que te comportes. Recuerda que sólo nos va a presentar a su mujer, sólo eso. Trata de ser educada, dar la mano a todo el mundo y no decir enormidades.